veces confundidos con los positivistas. Es fácil, sin embargo, comprender que, aunque el positivismo pueda conducir al materialismo, este último difiere del primero, en que sus principios son esencialmente metafísicos, pues penetra en la esencia y naturaleza de las cosas y pretende explicar la existencia de éstas por causas puramente físicas.

El principal objeto de esta larga nota, ha sido demostrar, que la abstención filosófica del positivismo, es una verdadera quimera; que los positivistas ortodoxos son muy raros y que, recorriendo con atención todos los escritores, á partir del mismo fundador de la escuela y de su discípulo Littré, no sería difícil comprobar que, aun ellos mismos, no se mantuvieron siempre encerrados en los límites severos de sus principios.—*(De la obra "Ensayo sobre Clasificación de las ciencias por R. Manterola, nota* 33.)

ENSAYO DE CONCILIACIÓN

Entre la idea de un Gobierno providencial
y el régimen de las leyes naturales.—Bosquejo de nuestras
opiniones en Teognosía.

Cuando los sociologistas analizan las causas de las acciones humanas, tienden, como hemos visto, á llevarnos á esta conclusión: que lo que se llama voluntad en el hombre, si es que existe, no es una intervención arbitraria y caprichosa, sino algo engendrado por sus antecedentes, en términos de que, si estos pudieran seguirse paso á paso, nos harían ver en cada acto de la voluntad, una consecuencia tan precisa é indeclinable de esos mismos antecedentes, como un fenómeno cualquiera del orden físico, lo es de los que le han precedido y dado origen. Esos mismos filósofos, sin embargo, y aquí notamos una nueva contradicción, no pueden concebir una voluntad que no sea arbitraria y caprichosa, y, por lo mismo, inadmisible para la explicación de los fenómenos del Universo, que todos se nos revelan gobernados, como decía Ciceron, por "una ley eterna é inmutable que abraza todas las cosas y los tiempos."

Así M. H. Spencer en su obra sobre el "Estudio de la ciencia social," capítulo 2º, censurando al

autor de la obra *The Romans and the Teutons*, porque admite en la historia, y aún en los fenómenos físicos, la intervención de una providencia, prorrumpe en la siguiente exclamación: "No nos concierne aquí procurar la conciliación de las ideas incongruentes, que no pueden marchar juntas en ese párrafo; ni tenemos por qué preguntar, como los resultados de la gravitación, cuyos actos se ejercen con tanta uniformidad, que, dadas ciertas condiciones, se pueden calcular los resultados con toda certidumbre, pueden al mismo tiempo considerarse como los resultados de la voluntad, que nosotros clasificamos aparte; porque, como de ello nos convence nuestra experiencia, es una fuerza relativamente irregular; ni tenemos por qué preguntar, en qué términos, — si el curso de las cosas humanas está providencialmente determinado como el de los fenómenos materiales, —es posible establecer una distinción entre la previsión de los fenómenos materiales, que constituyen la ciencia física, y la previsión histórica que el Profesor cree imposible.

Dejaremos al lector el cuidado de sacar por sí solo esta evidente conclusión: *que es necesario renunciar, ó á las ideas corrientes sobre la causalidad física ó á las ideas corrientes sobre la voluntad.*" (*Trad. esp., Barcelona, tom. I. pág.* 29).

Draper en su *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia, cap.* 9, encuentra también inconciliables las dos interpretaciones que pueden darse acerca del gobierno del mundo: la intervención divina incesante ó la acción de una ley invariable, y, decidiéndose por esta última, niega forzosamente la primera.

Buckle en el capítulo I de su *History of civilization in England*, propone este dilema, que por supuesto decide en favor de las leyes fijas: "Si las acciones humanas, no son el resultado de leyes fijas, se deberán á la casualidad ó á intervenciones sobrenaturales."

H. Moleschott en sus *Cartas sobre la circulación de la vida* (*Kreislauf des Lebens.*), repite constantemente que las leyes naturales son la expresión más rigurosa de la necesidad y que, por lo mismo, es anticientífico y absurdo considerar el gobierno del Universo como el curso de un orden arreglado y determinado desde antes por un espíritu que gobernase exteriormente, teniendo á su cargo la tarea penosa y aun imposible, de ponerse de acuerdo con leyes inmutables. Presenta también un dilema análogo á los de Draper y Buckle: "ó son las leyes inmutables de la naturaleza las que gobiernan, ó es la voluntad divina: si esto último, las leyes son superfluas; si lo primero son las leyes las que gobiernan inmutablemente, excluyendo en consecuencia, toda intervención de una causa extraña." Ahora bien, como todo nos atestigua la existencia de las leyes inmutables, la idea de Dios para Moleschott viene á ser la más inútil de las quimeras. "Si Dios existiera, dice, sería como un rey constitucional; reinaría y serían las leyes las que gobernasen." De ahí deduce "que

por honor del mismo Dios es preferible negar su existencia."

Cansaríamos al lector si hubiéramos de citar las opiniones de todos los filósofos que han creído incompatible la existencia de las leyes invariables con la intervención de Dios en el Universo. A riesgo de que se nos tache de presuntuosos, vamos á intentar demostrar que esa incompatibilidad es solo aparente, y depende, como la mayor parte de los errores filosóficos, de que solo se ha considerado la cuestión, desde un punto de vista.

Se dice que voluntad é inmutabilidad son ideas incongruentes y que no pueden marchar unidas. Sin embargo, ya la observación comparativa de diversos caracteres humanos, nos permite concebir que esa incongruencia no es absoluta. Mientras que, algunas personas de carácter ligero y mudable están cambiando constantemente de ideas, y aún de voluntad, vemos otras muchas, inquebrantables en sus propósitos y que siguen una vida metódica y ordenada. Imaginémonos observando durante algún tiempo, la vida y costumbres de una de estas últimas, y no tardariamos en predecir con cierta aproximación, algunos de sus actos. Podríamos decir por ejemplo, á quien acerca de ello nos preguntara: "Son las seis de la mañana; N. se acaba de levantar, se lava, se viste y desayuna, y no pasará mucho tiempo sin que le vea vd. salir á tomar su paseo acostumbrado en la Alameda; á las ocho entrará á su escritorio en donde permanecerá trabajando hasta las doce, hora en

que invariablemente se sienta á comer," etc. Así habríamos expuesto lo que podría llamarse *la ley natural* que rige las acciones de N., sin tocar en lo más mínimo la cuestión de la voluntad, origen de esas mismas acciones. Nuestros cálculos sin embargo, podrían salir algún día fallidos, porque un accidente extraño á la voluntad de N., ó bien un cambio más ó menos explicable en esa misma voluntad, consecuencia de su imperfección, podría suspender el curso de sus hábitos; pero el procedimiento seguido para la predicción de aquellos actos, es en rigor, el mismo que observan los sabios en sus investigaciones sobre las leyes naturales.

Consta además, que, á medida que, el individuo tiene más desarrollados la inteligencia y el poder reflexivo, sus pensamientos, y por consiguiente sus actos, son más ordenados y menos caprichosos. La comparación entre un niño y un adulto ó entre un salvaje y un hombre civilizado, confirmarán el principio que asentamos, y que demuestra que la voluntad es tanto menos arbitraria cuanto más está dirigida por la razón. Alguno podría deducir de esto, que el niño y el salvaje son más libres que el adulto ó el hombre civilizado, ya que no están tutoreados, como estos últimos, por las leyes de la facultad discursiva, pero es fácil comprender que, por eso mismo, se ven arrastrados á obrar según la corriente que les imprimen los agentes exteriores y que, por consiguiente, no son libres.

Para nosotros, la libertad bien entendida, no su-

pone la carencia de móviles en las acciones, pues en tal caso el demente y el niño serían más libres que el hombre pensador y reflexivo. Lo que supone esencialmente, es que los móviles no sean extraños al ser libre, sino que partan de él mismo. Así, mientras más racional sea el motivo que nos dirija, más libres nos consideramos, á lo menos comparados con aquellos que, no teniendo por guía la razón, marchan al acaso y se ven arrastrados por acontecimientos que no han podido prever, ni mucho menos evitar.

Aplicando ahora estos principios á la cuestión, objeto de esta nota, y observando en la naturaleza, inteligencia y previsión por una parte, é inmutabilidad en la sucesión de los fenómenos bajo las mismas circunstancias, por otra, no solo encontramos conciliable el resultado de esta observación con la hipótesis de un Dios, causa de esos fenómenos; sino que tal hipótesis, y perdónesenos la expresión, es la única que puede explicarnos ese resultado. Si Dios, por hipótesis (bien fundada por cierto, en la observación de los hechos), es inteligente en sumo grado, tiene forzosamente un designio en el orden y marcha de la naturaleza que es su obra, prevé los resultados de todos sus actos y queriendo siempre lo más perfecto, no puede como el hombre, mudable y caprichoso, cambiar sus determinaciones; y nosotros seres pequeños y finitos, que observamos el efecto de esas voliciones, siempre ordenadas é idénticas á sí mismas en cada especie de fenómenos, les llamamos leyes naturales, y su inmutabilidad nos hace capaces de predecir y utilizar los hechos, exaltándose nuestro orgullo porque, al menos, hemos podido conocer, predecir y aprovechar una pequeñísima parte de esas voliciones infinitas, origen real de todo lo que vemos. ¡A tan poca cosa se reduce la ciencia de que tanto nos envanecemos!

Ya se percibe que nuestra doctrina, según la hemos expuesto, no solo concilia las leyes invariables con la incesante intervención divina, sino también la inmutabilidad de esas leyes con la libertad de Dios. Si sus actos son inmutables es porque emanan de su Suprema Inteligencia: los móviles de ellos serán pues, internos á la misma Causa, procedentes solo de Ella, — puesto que nos sería imposible concebir siquiera que le fueran extraños,—y, por consiguiente, esa inmutabilidad, que aparentemente es contradictoria con la libertad, la confirma y explica de un modo satisfactorio, en el sentido que nosotros la comprendemos, que es el único, á nuestro juicio, en que puede ser admisible.

Pero ¿por qué tal hipótesis? se dirá: ¿no bastan las mismas leyes naturales para explicar el orden del Universo? No, decimos nosotros; las leyes explican las relaciones, el cómo de los fenómenos, pero no su verdadera causa, el por qué, y aun suponiendo que las leyes fueran causa real, es evidente que el espíritu no las puede concebir sino como efectos, pues siempre le es indispensable imaginar que alguien las haya producido y ordenado. Los filósofos

de todas las escuelas, aceptan esto, con mayor ó menor claridad, cuando nos dicen que, más allá de los fenómenos, hay algo inaccesible para la inteligencia humana. Y ¿por qué eso inaccesible no sería el Dios de nuestra hipótesis, cuando con ella todo se explica y se concilia, y cuando la existencia de ese ser incomprensible la afirman más ó menos explícitamente, no solo la razón, dándole diversos nombres, sino la conciencia y el sentimiento de los pueblos en todos los tiempos? Si esa noción procediera solo del instinto ó del sentimiento, podríamos dudar de que tuviera una realidad objetiva; mas dudar de ella, cuando también la afirma la razón y la confirma la ciencia positiva, nos parece casi un absurdo indigno de la inteligencia humana.

Suele decirse, como una crítica, que el atribuir los fenómenos naturales á la intervención de una voluntad sobrenetural, es una tendencia antropomórfica y pueril, propia solo de los niños y de los pueblos primitivos. Respecto del primer punto diremos: que el antropomorfismo grosero é inadmisible en nuestro siglo, es el que pretendiera hacer de Dios, un hombre, con caracteres físicos, análogos á los que conocemos, ó bien le atribuyese pasiones ó designios pequeños y ridículos; pero imaginarlo capaz de voluntad y de inteligencia y juzgar de estas facultades por lo que de ellas conocemos, si bien procurando en lo posible, salvar la distancia que media entre lo finito y lo infinito, no solo es natural, sino que es el único medio que poseemos para imaginar

algo sobre problema tan oscuro. ¿Cómo podremos discurrir sobre inteligencia ó voluntad, sin referirnos á lo que de estas facultades conocemos, por cuanto á que residen en nosotros? Si existe Dios y es un Ser inteligente, solo el hombre ó quien como él posea una partícula de inteligencia, es capaz de afirmar y concebir esa existencia.

El hecho de que los niños y los pueblos primitivos tengan la tendencia á suponerlo todo animado en la naturaleza, y á referir los fenómenos de ésta á actos voluntarios, confirma, en vez de invalidar nuestra doctrina, pues revela que ya el instinto dice al hombre lo que después han comprobado la ciencia y la filosofía. ¿No nos dice aquella, en efecto, según teorías hoy universalmente admitidas, que existe en nuestros cuerpos y á nuestro alrededor, un movimiento incesante, aunque solo en parte perceptible para los sentidos? ¿y no una recta filosofía, basada en los hechos de todo orden, puede llevarnos á la hipótesis que acabamos de establecer, atribuyendo el origen de todos los fenómenos á la voluntad de un Ser inteligente y libre?

Las diferencias entre la concepción instintiva y la científica y filosófica, son sin embargo, fáciles de percibir. En la primera se supone la intervención, no de una, sino de muchas voluntades, y obrando además, de una manera arbitraria, sin designio ni concierto: en la segunda, la voluntad es una sola y cada uno de sus actos es ordenado y en relación con los anteriores, porque obra según un plan, una in-